





LA MAGIA DE LAS MARIPOSAS



Pedro Vázquez Gavela

LA MAGIA DE LAS
MARIPOSAS



Primera edición: junio de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Vázquez Gavela

ISBN: 978-84-16824-40-3

ISBN digital: 978-84-16824-41-0

Depósito legal: M-16092-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia, a mi hermano Raúl y
a mi madre Feli por estar siempre cuando se necesita
y en especial a mi mujer Cary y a mi hijo Pedro,
porque son mis dos luceros del alba.*



ÍNDICE

CAPÍTULO 1. UN ENCUENTRO LLAMADO AMOR VERDADERO.....	11
CAPÍTULO 2. DE TOCAR EL CIELO A SENTIR TRISTEZA.....	25
CAPÍTULO 3. LUCHANDO POR VOLVER A ENCONTRARSE.....	43
CAPÍTULO 4. EL DESTINO LES BRINDA OTRA OPORTUNIDAD.....	57
CAPÍTULO 5. UNA TRAMPA QUE LO CAMBIÓ TODO.....	73
CAPÍTULO 6. APARECE UN ÁNGEL CON PIEL DE TIGRE.....	89
CAPÍTULO 7. ADAPTÁNDOSE A LA NUEVA SITUACIÓN.....	103
CAPÍTULO 8. TOCANDO FONDO.....	119
CAPÍTULO 9. UN HAZ DE LUZ SE DIVISA AL FINAL DEL TÚNEL.....	133
CAPÍTULO 10. POR FIN LLEGA LA ANSIADA LIBERTAD.....	149
CAPÍTULO 11. LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO.....	163
CAPÍTULO 12. JUGANDO A SER ESPÍAS PARA HACER JUSTICIA.....	177
CAPÍTULO 13. ENRIQUE ENLOQUECE Y LLEVA AL EXTREMO SU VENGANZA.....	193
CAPÍTULO 14. LUCAS PONE FIN A LAS AMENAZAS Y SE INICIA UNA NUEVA ETAPA.....	207





CAPÍTULO 1

UN ENCUENTRO LLAMADO AMOR VERDADERO

—¡Corre, Lucas! Vete a por la pelota que se nos ha ido fuera del campo. ¡Corre!

—¡Ya voy! Y a ver si me dejáis jugar a mí también, que llevo más de media hora esperando.

—Ya sabes que somos impares y tienes que esperar a que venga alguien más, así que espabila y tráenos la pelota de una vez— Le respondió Enrique, uno de sus amigos.

Lucas se dirigió hacia donde había caído el esférico con desánimo, pues sabía que aquél día seguramente no jugaría. Siempre se elegían los equipos y, si no eran pares, nadie lo quería en su equipo porque no se le daba bien jugar al fútbol.

El campo estaba cerca del río que pasaba por el pueblo, y allí se encontraba Lucas, buscando entre los arbustos, cuando vio algo con lo que no contaba: había una chica sentada en una piedra al lado del río. Era preciosa, tenía una melena larga, brillante y de color negro que ondeaba sobre sus hombros al darle una suave brisa, pómulos redondeados, labios carnosos y nariz pequeña. Lucas no sabía por qué se había quedado inmóvil mirando aquella chica que debía de tener su misma edad. Quería avanzar hacia ella y hablarle, pero su cuerpo no le obedecía; entonces, la chica rompió el silencio e hizo reaccionar a Lucas.

—Hola. ¿Te ocurre algo?

Su voz era muy dulce, y eso puso a Lucas mucho más nervioso.



—No... No es nada —balbuceó él.

—Es que, es que estoy buscando algo. No, algo no, una pelota que debe de estar por aquí.

Se iba acercando a ella despacio, y al encontrarse cerca, él se quedó mirando sus ojos. Los tenía verdes claro y, al cruzar sus miradas, sintió algo que nunca había sentido. Su corazón palpitaba más deprisa que de costumbre y un hormigueo que empezó desde lo más profundo de su estómago recorrió todo su cuerpo.

Él no se había dado cuenta, pero ella también había sentido algo parecido, y un color sonrojado en sus mejillas la delataba. Pero Lucas no se percató; bastante tenía con intentar disimular sus emociones.

Lucas era un chico muy guapo: tenía media melena de color castaño, ojos azules y un hoyuelo que lucía cuando sonreía.

Entre tanto silencio y sensaciones, se oyó una voz que rompió de inmediato toda la magia surgida entre los jóvenes.

—¡Lucas! ¡Encuentras la pelota o qué!

Era Miguel, otro amigo de Lucas, que al ver que tardaba un poco, se acercó por si le tenía que ayudar. Entonces la chica morena se dirigió a Lucas.

—¿No será esa la pelota que andas buscando? — Dijo señalando a unos pocos metros de donde se encontraban ellos. —Sí, esa es. Gracias por ayudarme. Cogió el balón y se marchó adonde estaban sus amigos esperándole. Se la entregó a Miguel y se sentó en los alrededores del campo.

Ya no le importaba jugar con ellos; y allí se quedó, pensando en la chica misteriosa, pues no la había visto nunca ni sabía su nombre. Enrique y sus otros amigos seguían jugando ajenos a Lucas. De repente, Lucas se levantó y se dirigió a ellos.

—¡Chicos, lo siento, pero me tengo que ir! ¡No me acordaba que he de hacerle unos recados a mi madre! ¡Ya nos veremos! — Y se marchó rápidamente, casi sin dejar que sus amigos le despidiesen; apenas un gesto con la mano de aprobación que él ni siquiera vio.

Había caminado lo suficiente para que desde el campo no le vieran y se fue en dirección al río, donde se había encontrado con la hermosa chica.

Ya estaba llegando, sólo unos pasos más y la volvería a ver de nuevo. Llegó, alzó la vista hacia la piedra donde estaba sentada ella anteriormente y no halló nada.

Su cara cambió de repente. Quedó algo triste y decepcionado; quería volver a verla y así hablar un poco para conocerse. Llegó hasta la piedra, se sentó en ella y miró las cristalinas aguas del río. Aún parecía estar ella allí, pues había quedado un olor especial, una fragancia entre dulce y fresca que a Lucas le encantó. Permaneció inmóvil durante un rato pensando en ella; después se levantó, soltó un suspiro y se marchó hacia su casa. Había llegado antes de lo habitual y, para evitar preguntas, se metió en su habitación y sacó unos libros para disimular. Lucas tenía diecisiete años, estaba en las vacaciones de verano y, aunque había sacado buenas notas, le gustaba repasar lo aprendido o leer algún libro. Así dejó pasar el tiempo hasta la hora de la cena.

Una vez había acabado de cenar, fue a su ordenador, que era donde pasaba el tiempo antes de acostarse. Llegó la hora, se metió en la cama, pero le costaba dormir; vuelta para un lado y vuelta para otro.

Después de bastante rato, el cansancio pudo con él y se durmió por fin.

A la mañana siguiente Lucas se encontraba emocionado, no estaba seguro de volver a ver a la muchacha, pero tenía que intentarlo, pues no dejaba de pensar en ella.

Sobre las cuatro de la tarde, salió de su casa en dirección al río. Se había estado preparando en el baño durante un buen rato: duchándose, peinándose, perfumándose... Iba hecho un pincel. Llegó de nuevo al lugar donde encontró a la chica y volvía a estar la piedra sola. Se acercó a la orilla del río cabizbajo y con el pensamiento de que igual ya no la volvería a ver.

—Ni siquiera sé su nombre —se dijo a sí mismo. Se quedó mirando el agua, vio unos cuantos peces nadando cerca, un par de mariposas de colores y estuvo escuchando el sonido hipnotizador del curso natural del río. Estaba muy a gusto. Y así intentaba no pensar en otra cosa, cuando una voz poco conocida, aunque muy esperada, le despertó de su letargo.

—¡Hola! ¿Cómo tú por aquí? ¿Qué estás buscando? ¿Otra vez la pelota? —Lucas se giró para ver si era verdad que estaba allí la chica de ayer y, sin darse cuenta, metió un pie en la orilla. No le importó, pues prestó toda su atención a mirar a la preciosa chica que se acercaba hacia él. Ella lo observó y soltó una gran carcajada, pues le hizo mucha gracia.

—Ja, ja, ja. ¿Qué estás pescando sin caña? —Dijo ella haciendo gala de un gran sentido del humor. Eso le gustó aún más a Lucas; ya era bastante embarazosa su situación. Y además, le daba la oportunidad de responder con otra gracia que pudo aprovechar.

—Quería coger el pez más hermoso para ti.

—¡Gracias, que detalle! ¿Y cómo es que no estás jugando con tus amigos?

—La verdad es que casi nunca puedo jugar, pues se me da mal el fútbol. Y sinceramente, tenía curiosidad por volverte a ver.

—¿Sólo curiosidad? —Le dijo ella con una sonrisa pícaro.

—Claro. Solo curiosidad; no irás a pensar... —Y le devolvió la misma sonrisa.

Ella se detuvo en la piedra e invitó a Lucas a que se sentara a su lado, pues había sitio bastante para los dos. Él aceptó encantado y comenzó a hablar con la chica muy animado.

—Llevo todo el día pensando en cuál sería tu nombre; el mío seguro que lo sabes, Miguel me nombró cuando buscaba la pelota.

—Claro, tu nombre es Lucas. Un nombre corto y bonito. El mío es Ingrid.

—Un nombre corto y precioso, como su dueña.

Ingrid se ruborizó. Le había gustado y además se sentía muy cómoda con Lucas. Querían saber un poco el uno del otro y estaba claro que había química entre ellos.

—Cuéntame algo de ti, Lucas.

—Vale, aunque hay cosas de las que no me gusta hablar, pero bueno; por ser tú, estoy dispuesto a contarte lo que me pidas. Vamos a ver; yo no soy de este pueblo, me trajeron con diez años. Cuando yo nací, me llevaron a un orfanato. Mis padres debieron pensar que allí iba a estar mejor; la verdad es que no sé si algún familiar sabía algo de mí. Yo procuro no pensar en ello, si fue lo mejor o no, no lo sé. Faltaba poco para que cumpliera los diez años, cuando un día vino un señor a verme. Me dijo que se llamaba Héctor y se dedicaba a encontrar familias para nosotros y me explicó que había una pareja que quería adoptarme. Me puse muy contento, pues, aunque en el orfanato nos cuidaban lo mejor que podían, era una oportunidad de salir, hacer vida como cualquier niño de mi edad y poder decir que tenía padres, adoptivos, sí, pero padres al fin

y al cabo. Me los presentó y la primera impresión fue buena. Aunque cuando vine ya tenían cincuenta y seis años cada uno, no me imagino vivir con nadie que no sean ellos. Mi madre adoptiva se llama Luisa y mi padre Antón, y los quiero mucho, me han dado mucho cariño y comprensión y siempre me apoyan en todos mis proyectos. Son dos ángeles que alguien ha puesto en mi camino.

Ingrid le escuchaba con gran emoción y curiosidad. Le gustaba la sinceridad con la que le contaba su historia y, aunque sentía tristeza porque lo habían abandonado al nacer, según Lucas fue un golpe de suerte que lo adoptaran Antón y Luisa. Eso hacía que Ingrid sintiera admiración también por sus padres.

—Bueno, y Héctor viene de vez en cuando a vernos para saber qué tal nos va. Él también es una gran persona. Estoy rodeado de buena gente, como de ti ahora mismo —y sonrió mirando con ojos cómplices a Ingrid, para ver si le sacaba una sonrisa que no tardó ni un segundo en devolverle. A ella le encantaba Lucas. Sus ojos azules eran muy bonitos y, cuando sonreía, le aparecía un hoyuelo que le hacía aún más interesante. Medía sobre un metro ochenta y cinco y no pasaba desapercibido.

—Dime, Ingrid. ¿Cómo has llegado a parar aquí? —ella se dispuso a relatarle algo de su vida, pues le parecía lo más justo—. Bueno Lucas, mi vida no es ni parecida a la tuya.

—Vale, no tiene por qué ser parecida. A cada uno le toca vivir su propia vida y no quiere decir que una sea mejor o peor que la otra. Opino que se trata de intentar sacar el máximo partido de ella.

—Claro. Como te iba diciendo, he nacido en una familia en la que nunca nos ha faltado de nada. Vivo en una ciudad con el mar Mediterráneo al lado. Soy hija única y hemos venido en una autocaravana que está aparcada en el campo que hay detrás de la iglesia. Mi madre se llama María y mi padre Ramón. Tiene una empresa que se dedica a la construcción con maquinaria pesada, como el padre de Enrique, que seguro que lo conoces. Por eso estamos aquí; se han conocido hace unos dos años, han hecho obras juntos y, como estamos de vacaciones, mis padres han aprovechado para venir a ver a los de Enrique.

—Ya, Enrique... —dijo Lucas con tono despectivo.

—Ya veo que no te cae muy bien.

—Pues no. Desde que he venido, siempre que ha podido fastidiarme lo ha hecho. No es buena persona. Es manipulador y, como sus padres tienen mucho dinero e influencia, los demás chicos hacen lo que él quiere.

—Pues mis padres siempre me están diciendo que es muy buen chico y un buen partido —eso a Lucas no le hizo mucha gracia y, solo de pensar en que al final estuvieran Ingrid y él juntos le comía el alma. Sin poder evitarlo frunció el ceño y su mirada se volvió arisca—. No te preocupes, Enrique no es mi tipo. Y cambia de cara, que te pones muy feo cuando te enfadas. Ja, ja, ja.

Y mientras se reía, le pasó la mano acariciando su cara.

Lucas no se lo esperaba y se puso rojo como un tomate. Aunque hubiera puesto la misma cara de arisco un millón de veces más, para que Ingrid le acariciara de nuevo, pues el tacto de su mano le puso el vello de punta.

—Perdona Ingrid. Es que no lo puedo evitar. Lo conozco muy bien. Pero eso ahora no importa, aquí estamos tú y yo, al lado de un río precioso y eso sí que es bonito.

—¿El qué? ¿El río, las piedras y nada más? —dijo Ingrid con sorna.

—Mira que eres. ¿Sabes que me encanta tu sentido del humor?

La verdad es que me gusta todo de ti.

Lucas hizo el gesto de ir a tocar la mano de Ingrid, mientras ella le miraba deseando que eso mismo ocurriera.

Él cogió su mano con dulzura y delicadeza, giró la palma de ella hacia arriba y él colocó la suya hacia abajo juntándolas con suavidad.

Entonces entrelazaron sus dedos sintiendo al unísono un amor y una pasión tan increíble que resulta imposible describir. A su vez, Lucas llevó la otra mano a la espalda de Ingrid deslizándola hasta llegar al cuello; seguidamente, acarició su nuca. En todo momento se estaban mirando a los ojos con auténtico amor incontrolable. Él acercó sus labios a escasos centímetros de los de ella, que se dejó llevar adivinando el siguiente paso. Los labios de Lucas se fundieron con los labios carnosos y húmedos de Ingrid, mientras sus lenguas bailaban un tango perfecto; entonces, estalló el éxtasis. Durante unos cuantos segundos los dos sintieron que el mundo había desaparecido. Solo ellos dos existían, pues habían descubierto el amor verdadero y probado su fruto tan exquisito.

Acabado el beso, se miraban todavía saboreando aquel momento tan especial y sus sonrisas de oreja a oreja lo decían todo.

—¿Dónde habías estado todo este tiempo, Ingrid? Me parece que esto es un sueño y que tú eres un bello ángel.

—¿El beso te pareció un sueño? Porque yo lo he sentido muy real.

Ella le sonrió, se sentó encima de las piernas de Lucas y apoyó la cabeza en el pecho de él, que con sus brazos arropó el cuerpo de Ingrid.

—¿Sabes que desde que te vi buscando la pelota sentí que eras alguien especial?

—Tú sí que eres especial. Tanto que cuando yo te vi no me salían ni las palabras. ¿O no te acuerdas?

—Como para olvidarlo... ¿Y lo de meter el pie en el río de hoy? Acabaste de rematarla. Ja, ja, ja.

Y allí quedaron hablando juntos toda la tarde. Comentaban verse mañana a la misma hora, tenían pensado aprovechar los días que ella estuviera en el pueblo.

La tarde se les estaba pasando volando cuando, no muy lejos de allí, ellos no se habían percatado, alguien los había estado observando durante un rato y tan sigiloso como vino, se marchó.

Eran cerca de las ocho y Lucas e Ingrid se despidieron. Iban recorriendo cada uno su camino muy contentos y emocionados, pensando el uno en el otro con una gran sonrisa en sus caras, pues no se podía ser más feliz.

—Hola, Lucas. ¿Qué tal has pasado la tarde? —le dijo Luisa al verle entrar por la puerta de casa. Él estaba muy contento y además tenía muchas ganas de contar a sus padres lo que le había pasado y así compartir con ellos su dicha.

—Muy bien, y además he conocido una chica increíble. Es preciosa, lista y tiene un gran sentido del humor. Vamos, que lo tiene todo y creo que me he enamorado, aunque te suene extraño.

—Bueno, tu padre ha ido a dar un paseo. No creo que tarde. Si quieres le esperamos y nos lo cuentas.

Pero Lucas no podía esperar ni un segundo y le dijo a Luisa que ella se lo podía contar después a su padre. Entonces comenzó a relatarle todo lo ocurrido, desde el día anterior hasta esos momentos.

Al cabo de un rato llegó Antón, se sentaron los tres a cenar y Lucas siguió comentándoles lo maravillosa que era Ingrid y la suerte que había tenido de conocerla. Después se fue a su habitación, encendió el ordenador, se dispuso a realizar el ritual de siempre y, llegada la hora de acostarse, se retiró hasta el día siguiente.

*

Ingrid había llegado a la caravana y allí estaba María acabando de hacer la cena. Su padre llegaba también en ese momento de pasar la tarde con el padre de Enrique, pues se habían vuelto inseparables.

Ella empezó a contarles que había conocido a un chico increíble, lo bien que se sentía estando con él y que fue un flechazo por parte de los dos. Que era lo mejor que le había pasado y que tenían que conocerlo para que vieran lo maravilloso que era.

—Hija, lo que tendrías que hacer era salir un poco con Enrique, que él sí que te conviene. Es un buen chico y tendrías el futuro asegurado. ¡A saber quién es ese joven! ¡Un aprovechado, como la mayoría!—le dijo Ramón a su hija.

—Pero, ¿qué dices? Si ni siquiera lo conoces para decir eso de él...

—Yo creo que tu padre tiene razón. Eres muy joven y cualquier listo con labia se puede aprovechar de ti.

—Venga ya. ¿Tú también, mamá? ¿Cómo podéis ser así? No os creía tan materialistas. Además, Enrique no me gusta. Es un chulo, un idiota y se cree el amo del mundo. Lucas sí que es fantástico, me encanta y tiene un corazón de oro.

—Bueno. ¡Déjalo ya, jovencita! Vamos a tener que atarte en corto. Ponte a cenar y ya hablaremos de andar por ahí con extraños —le dijo su padre.

—Pero es que no lo entiendo. ¿Qué tiene de malo que haya conocido a Lucas? Deberíais de estar contentos de que vuestra hija sea feliz.

—¡Vale ya, Ingrid! —contestó María, echando una mirada de fastidio a su hija.

Ella agachó la cabeza con profunda resignación, pues no entendía nada. Venía tan contenta, y de repente sus padres querían arrebatarle sus emociones y sentimientos para moldearlos a su gusto. «Como si eso fuera posible», pensaba.

Apenas cenó un poco para no incomodar más a sus padres. Sabía que, de ser así, acabarían por no dejarle salir de la autocaravana, y no podía arriesgarse de ninguna manera. Estuvo viendo la tele un rato y después se fue a intentar dormir.

*

Amaneció un nuevo día en casa de Lucas. Estaba ansioso de que fuera por la tarde para ver a Ingrid y paseaba por la casa sonriente. Se le veía tremendamente feliz. Ya había comido. Recogió la mesa y se puso a fregar los platos mientras Luisa barría la casa, pues a veces ayudaba en algunas tareas. Después fue a su habitación, encendió el ordenador y allí estuvo haciendo un poco de tiempo.

Se preparó a conciencia para la cita, se despidió de Luisa y Antón, que quedaban tomándose sendos cafés, y se marchó en busca de su amor. Caminó deprisa porque no quería llegar tarde, prefería esperar a que lo esperasen. Al llegar, vio que Ingrid ya estaba allí, sentada en la piedra. Se acercó y se dio cuenta de que algo pasaba.

—Hola, sirenita.

—Hola, Lucas —dijo ella con voz tristonja.

—¿Qué te pasa? —contestó algo preocupado.

—A ver cómo te lo explico... Resulta que ayer les dije a mis padres que te había conocido y, sin saber siquiera cómo eres, ya estaban diciendo que eras un listo, que debía fijarme en Enrique y no llego a entender el porqué. Yo creía que no eran así. Me he llevado una gran sorpresa.

—No te preocupes. Los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos. Intentan protegerte. Igual tienen razón y soy un listo, ja, ja, ja.

Ella sonrió complacida, pues sabía que Lucas intentaba quitar hierro al asunto. Entonces le miró a los ojos y le dijo:

—Ahora que lo dices, creo que tienen razón. Nadie me había robado un beso nunca, y tú en una tarde me hiciste tocar el cielo. Seguro que estás acostumbrado a hacerlo con todas... ¡A saber qué hechizos utilizas! Ja, ja, ja.

Él acarició su pelo, cogió su mano y le miró con ojos sinceros.

—Mira Ingrid. ¿Sabes lo que realmente me importa? Lo que piensas tú, lo que sientes, tus emociones, tus sensaciones... Solo tú. Lo único

que sé es que entre nosotros ha nacido algo muy especial y muy bonito. Tendremos dificultades y algún que otro bache.

Habrà gente que no lo entienda por diferentes motivos, pero no me importa. Este camino es para nosotros dos, yo te tiendo mi mano y te invito a recorrerlo conmigo, pues de verdad que soy feliz, muy feliz estando contigo y daré todo por mi parte para que tú también lo seas.

A Ingrid le caía una lágrima por la mejilla, pero no era de tristeza, todo lo contrario, eso que dicen de que se puede llorar también de felicidad es verdad.

—Ya soy feliz, tontorrón. Recorramos nuestro camino juntos pese a las dificultades que se nos presenten.

Lucas acercó su dedo a la mejilla de Ingrid para secar su lágrima, la cogió por la cintura para bajarla de la piedra y la dejó de pie junto a él.

—Vamos a hacer una cosa. Cuando creas que todo se derrumba, que ya no hay esperanza para nuestro amor, tienes que recordar este momento. Quédate aquí.

Ella aceptó de buen grado, mientras Lucas dio unos pasos mirando al suelo, se agachó, cogió una margarita y se acercó a Ingrid.

—Abre la palma de tu mano.

Seguidamente, fue colocando los pétalos de la flor en su mano formando un corazón.

—Ahora mantén la mano así un poco más, pues hay que regar nuestro amor verdadero.

Fue hasta la orilla, metió la mano en las frescas aguas y se dirigió hacia Ingrid. Con una mano sujetaba suavemente la de ella. Con la que estaba mojada, dejó caer unas gotas en el corazón de pétalos. Cada gota que llegaba a la mano de Ingrid le ponía el vello de punta.

Entonces Lucas, mientras sujetaba su mano, acabó de echar la última gota de agua. Luego pasó la mano por detrás de Ingrid a la altura de la cintura y juntó cuerpo con cuerpo.

—Bueno, Ingrid. Yo no te voy a regalar nada material porque creo que son más profundos y duraderos los recuerdos. Quiero que este sea muy especial, tanto para ti, como para mí.

Cuando ya no podemos más, cuando estemos a punto de rendirnos, hemos de recordar este momento y así darnos fuerzas, para que la magia que nos ha unido nunca se rompa.

Quiero que observes tu mano. Seguidamente, mirémonos a los ojos. Después los cerraremos y no los abriremos hasta estar seguros de recordar el momento para siempre. Fueron haciéndolo paso por paso, a la vez y armoniosamente. Entonces cerraron los ojos. Lucas apretó un poco más la mano que recorría la cintura de Ingrid y así sentir aún más el roce de sus cuerpos. Acercaron sus labios lentamente hasta tocarse, se besaron con gran pasión y de nuevo se les abrieron las puertas del cielo. Sus corazones latían rápidamente y con tal fuerza, que el uno sentía el palpitar del otro. Habiendo acabado de darse el beso y todavía con los ojos cerrados, Lucas se acercó al oído de Ingrid.

—Te quiero —le dijo apasionadamente.

—Yo también te quiero, Lucas —respondió ella con dulzura.

Pasaron unos segundos de pasión, sentimientos y sensaciones Indescriptibles. Entonces, abrieron los ojos.

—Lucas, ha sido increíble. Este regalo es el más maravilloso que a una chica se le puede dar. Nunca me habría podido imaginar que fueras tan romántico y maravilloso.

—No soy yo, eres tú. Al estar contigo es fácil ser así...

Ingrid se acercó entonces al río y metió la mano de los pétalos en el agua.

—Ahí va el símbolo de nuestro amor, recorriendo su propio camino por la naturaleza.

Y se quedaron mirando cómo se alejaban los pétalos río abajo, hasta que desaparecieron en las frescas aguas.

—Ingrid, tengo en mi móvil música y he traído unos auriculares. Si te apetece, la escuchamos juntos mientras paseamos al lado del río y así me dices si te gusta. ¿Qué te parece?

Ella aceptó. Se colocaron cada uno un auricular en el oído, se agarraron de la mano y comenzaron a dar un paseo por el borde del río.

Llevaban caminando y charlando animadamente un buen rato y estaban de vuelta por el camino, cuando a lo lejos divisaron tres siluetas que se dirigían hacia ellos.

Enseguida distinguieron a Enrique, que iba en cabeza. A su lado se encontraba Miguel y en el otro lado Fernando, otro amigo de Enrique. Ingrid miró a Lucas preocupada y este le devolvió la mirada.

—Lucas, digan lo que digan no te enfrentes a ellos. Seguro que es lo que quieren. Prométemelo. Yo tengo muy claro lo que siento por ti y no me tienes que demostrar tu valentía. En realidad, es más valiente aguantar el chaparrón que entrar en conflictos. Prométemelo.

—Está bien, Ingrid. Empiezan pronto las dificultades. Haré todo lo posible por mantener la calma.

Finalmente, Lucas e Ingrid y el otro grupo se encontraron en el camino y se pararon. Enrique se dirigió a Ingrid.

—Hola Ingrid. ¿Qué tal lo estás pasando por mi pueblo? Ya veo que has contratado a un guía para que te lo enseñe. Aunque si quieres, te lo puedo enseñar yo. Este ni siquiera es de aquí.

—Gracias Enrique, pero ya nos íbamos.

—¿Qué pasa Lucas? ¿Ya no te gusta jugar con nosotros al fútbol?

—Nunca se me dio bien jugar, ya sabes.

—Es verdad, siempre fuiste un patoso para todos los deportes. ¿Y ahora a qué te dedicas? ¿A jugar a los principitos? Sabes muy bien que no se ha hecho la miel para el paladar de los burros.

Los otros dos chicos que iban con Enrique se reían a coro. Se les notaba acostumbrados a reír las gracias y fanfarronadas de él. Lucas se empezó a poner tenso ante esta situación. Entonces Enrique se dirigió hacia Ingrid, viendo que Lucas aguantaba sus provocaciones.

—Estás muy guapa, has cambiado mucho desde la última vez que te vi. ¿Sabes? Ayer os estuve observando y me dije:

«¿Por qué pierde el tiempo con ese inútil?». No creo que tus padres sepan que estás agarradita de la mano de un muerto de hambre.

—Déjalo ya, Enrique.

—¿Te ha contado que vive con dos viejos porque al nacer lo abandonaron como a un perro? Sabes que no tiene ningún futuro. Conmigo sí que serías una princesa y no te iba a faltar de nada.

Lucas ya no podía aguantar más. Su cara llena de rabia lo decía todo y su mano agarraba cada vez con más fuerza a la de Ingrid. Parecía que iba a explotar de un momento a otro. Ella lo miró con preocupación y, en un acto reflejo, tiró de su mano para así intentar salir del atolladero.

—Bueno, ya nos veremos, hasta otra —dijo Ingrid mientras tiraba de Lucas para seguir por el camino.

—Vale guapa. Da recuerdos a tus padres, pues hace tiempo que no los veo. Ah no, perdona, vaya memoria la mía. Si hace un rato que estuve con ellos. Ja, ja, ja.

Se alejaron rápidamente y ya se encontraban más relajados. Llegaron de nuevo al lugar donde se habían conocido y se sentaron juntos a la orilla del río.

—Ingrid, no sé lo que quiso decir Enrique cuando ya nos íbamos, pero no me gustó nada.

—Sí, nos ha dado a entender que ha estado hablando con mis padres.

—A saber qué les habrá contado... De este cualquier cosa...

—Lucas, me preocupa mucho que mis padres no me dejen verte. Me lo imagino y me pongo muy triste... —y se abrazó a él con gran fuerza porque no quería que se lo arrebataran tan pronto.

—A mí me pasa igual, pero no vamos a dejar que eso ocurra.

He pensado que tal vez podamos estar juntos cuando te vayas. No físicamente, pero yo tengo cuenta de Facebook y si tú también tuvieras, podríamos seguir en contacto.

—Es verdad, no sería lo mismo, pero nos daría esa fuerza necesaria hasta que volvamos a vernos. Y no creo que mis padres me castiguen de por vida. Con el tiempo lo aceptarán, creo yo. Sí, tengo cuenta yo también. Me la controlan un poco mis padres, pero si vamos con cuidado no nos pillarán.

—Bien, pues dame tus datos y esta misma noche, después de cenar me agregas. Me pondré de alias «pétalos» y así sabrás que soy yo.

Entonces sacó su móvil para registrar el alias que Ingrid le daba.

Se les estaba haciendo algo tarde para ir a cenar y no querían dar más motivos a los padres de Ingrid para que se enfadasen.

Se agarraron de las manos y se colocaron uno frente al otro mirándose con cierta preocupación. Los dos presagiaban que su relación iba a ser complicada ya desde el principio.

—Ingrid, no te martirices con pensamientos tristes. Los dos sabemos que nuestro amor es muy fuerte; tú te tendrás que marchar, pero tarde o temprano volveremos a vernos y si de verdad merece la pena nuestra historia y lo que sentimos es amor verdadero, nada ni nadie lo podrá destruir jamás.

—Pero yo no me quiero ir —dijo Ingrid mientras le caían un par de lágrimas, pues no podía evitar sentirse mal.

—Yo tampoco quiero que te vayas, me rompe el corazón, pero tenemos que ser fuertes.

Entonces se dieron un cálido abrazo y Lucas, que en todo momento intentó dar ánimos a Ingrid, no pudo más. Sus ojos empezaron a humedecerse y una sensación entre vacío y dolor le atravesaba el estómago.

—Nunca me olvides; aunque estemos separados bastante tiempo, yo jamás te olvidaré y lucharé por volver a vernos. Te lo prometo, Ingrid.

—Aunque tenga que esperar mil años, nada ni nadie podrá hacer que te olvide, Lucas.

Acabaron de abrazarse, se separaron un poco, se despidieron y se marcharon con la intención de verse de nuevo al día siguiente.